

Desintegración social y muertes violentas en los países de la Unión Soviética

Pablo Daniel Bonaldi *

Resumen

El objetivo del artículo es mostrar que las profundas transformaciones sociales que tuvieron lugar en los países de la Unión Soviética, entre mediados de los 80 y mediados de los 90, provocaron un aumento significativo en la tasa de muertes violentas (suicidios, homicidios y accidentes).

Nos apoyamos para ello en una perspectiva teórica de clara matriz durkhemiana, que busca explicar las variaciones en las tasas de muertes violentas a partir de los cambios en la naturaleza e intensidad de los vínculos sociales.

El análisis de la evolución de las tasas específicas por regiones, sexo y edad permitió constatar que los grupos más directamente afectados por las transformaciones sociales son los que presentan, también, el mayor crecimiento en la proporción de muertes violentas.

Abstract

Social disintegration and violent deaths in countries of the Soviet Union

This paper intends to show that deep social transformations that took place in the Soviet Union, between middle 80s and middle 90s during XXth. century, provoked a significant increase in violent deaths rates (suicides, homicides and accidents).

Our study follows a theoretical perspective based on Durkheim ideas, that try to explain variations in violent deaths rates analyzing changes in the intensity and nature of social relationships.

The analysis of evolution of specific rates by region, sex and age allowed us to verify that groups more directly affected by social transformations were those that also presented the highest rates in the proportion of violent deaths.

* Sociólogo. Docente e Investigador de la Universidad de Buenos Aires. Email: pbonaldi@yahoo.com.

Introducción

En el curso de la segunda mitad de la década del 80 y en los primeros años de la siguiente se produjo el desmembramiento de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS). Mucho se ha debatido sobre la naturaleza de ese proceso histórico y existe consenso respecto a que sus causas deben ser rastreadas algunas décadas atrás. Pero esta perspectiva de largo plazo no debiera ocultarnos la rapidez y el estrépito con que los cambios hicieron eclosión. En un período que bien podría medirse en meses, la mayor parte de las repúblicas que constituían la Unión Soviética declararon su independencia. Prolongaban de esa manera una serie que había comenzado con los países comunistas de Europa Oriental y a la que se suele aludir con la expresión “la caída del muro de Berlín”. Entre los meses de agosto y diciembre de 1991, Armenia, Azerbaiján, Moldavia, Letonia, Lituania, Estonia, Bielorrusia, Uzbekistán, Tadjikistán, Kirguistán, Turkmenistán, Ucrania, Kazajistán y la Federación Rusa se declararon independientes y dejaron de pertenecer formalmente a la Unión Soviética.¹ No obstante, sería un grave error suponer que estas transformaciones se limitaron exclusivamente a un cambio de dirigentes o de forma de gobierno. No fue sólo una crisis política, sino una brusca transformación societal que alteró sustancialmente las pautas y normas que durante décadas habían servido de sustento a la organización social. Lejos de quedar circunscriptos a la esfera estrictamente política, los cambios sacudieron profundamente las percepciones y las formas de vida de toda la población, provocaron una desorganización de todo “lo conocido”, una desestructuración de las expectativas sociales y de las rutinas que conformaban la vida cotidiana. Las habilidades, los conocimientos prácticos y las formas de comportamiento aprendidos en el pasado resultaban cada vez menos apropiados para enfrentar las situaciones completamente nuevas que surgían de la implementación de los cambios.

Mucho se ha reflexionado sobre las posibles consecuencias de ese proceso histórico. **En este artículo nos interesa analizar el efecto que esas profundas transformaciones sociales tuvieron sobre las tasas de muertes violentas, entendiendo por muertes violentas (MV) al conjunto de las defunciones producidas por suicidios, homicidios y accidentes de todo tipo.**

La tasa de muertes violentas como un atributo de la sociedad

Más allá de las diferencias que existen entre los suicidios, los homicidios y los accidentes fatales, estas muertes tienen en común el hecho de haber sido infligidas “desde fuera”, por una causa externa al organismo.² Todas ellas suponen una cierta participación humana, claramente en el caso de los suicidios y los homicidios, de manera

1. En abril de ese mismo año se había independizado la República de Georgia.

2. La *Clasificación Internacional de Enfermedades*, utilizada por los centros de salud para registrar las causas de muerte, distingue las defunciones provocadas por “causas externas” de aquellas originadas en el deterioro o el mal funcionamiento del organismo humano.

más indirecta en el caso de los accidentes. Nos encontramos así frente a un conjunto de muertes que pueden ser pensadas como el resultado de las prácticas y las interacciones entre los hombres (Holinger, 1987).

Cuando se las considera aisladamente, cada una de estas muertes parece deberse a factores puramente individuales o bien a la “fatalidad del destino” –en el caso de los accidentes. No obstante, cuando analizamos el conjunto de las MV se observan patrones y regularidades que difícilmente puedan ser explicados por factores individuales o por el azar. La proporción de personas que pierden la vida en situaciones de violencia depende de condiciones sociales.³

Hace poco más de 100 años el sociólogo francés Emilè Durkheim postuló que la magnitud y las variaciones de las tasas de suicidios podían ser explicadas a partir de las creencias colectivas y el tipo de vínculos que predominaban en cada sociedad. Era la densidad del tejido social lo que posibilitaba que un mayor o un menor número de personas decidiera quitarse la vida. Este autor reconocía dos dimensiones a través de las cuales la sociedad hacía sentir su fuerza sobre los individuos. A partir de suscitar la adhesión a un grupo, haciéndole sentir que es parte de un colectivo social que posee fines y objetivos que les son propios y que trascienden al individuo. Al participar en la vida social el individuo se convence de la existencia de estos grupos y los aprende a amar y respetar, concediéndoles una fuerza y una importancia que excede en mucho a la que podría tener un individuo aislado. Es precisamente esta fuerza que recubre todos los sentimientos colectivos lo que permite contener las tendencias egoístas del individuo. A esta dimensión Durkheim la llamaba *integración social*. Por otro lado, la vida social ejerce una función normativa sobre la práctica de los individuos. No sólo los hace sentir parte de un grupo, sino que prescribe cómo comportarse. Indica qué está bien y qué está mal, a qué cosas se puede aspirar y a cuáles no. Participar de un grupo implica compartir un conjunto de valores o creencias que pautan las conductas a la vez que limitan las expectativas individuales. Durkheim no cree que esta restricción normativa coarte o cercene la libertad del individuo sino que, por el contrario, es lo que le permite expresarla sin estar sometido a la tiranía de los apetitos personales. El grado en el que los individuos han internalizado y respetan las reglas de su sociedad es el mejor indicador del grado de *regulación social* (Durkheim, [1897] 1990).⁴

Según esta perspectiva el tejido social opera como una doble forma de contención del individuo. Por un lado, lo alberga y lo hace sentir protegido, y por el otro, le pauta sus conductas al impulsarlo a realizar ciertas prácticas y no otras. Es lo social lo que le otorga sentido a su vida. Pero los vínculos sociales no son algo dado naturalmente sino que son el producto de las prácticas de los hombres. El grado de integración y de regulación social alcanzado por una sociedad varía de una situación a otra.

3. Ejemplos de investigaciones que estudian los condicionamientos sociales de las MV pueden hallarse en Almgren *et al*, 1998; Bourbeau y Courville, 1997; Greenberg *et al*, 1987; y Lane, 1979.

4. En un trabajo anterior analizamos los aportes y las limitaciones de la teoría de Durkheim para estudiar los suicidios desde una perspectiva sociológica (Bonaldi, 1998). Una buena síntesis de los debates en torno a estos temas puede hallarse en Douglas (1967); Lester (1994); y Taylor (1982).

Cuando una sociedad atraviesa un período de crisis aguda o se producen cambios radicales, las regulaciones morales se debilitan y pierden efectividad, las personas se desinteresan de sus semejantes –a excepción quizás de su grupo primario– y el individualismo se vuelve exacerbado. Sin la contención y las limitaciones morales que impone lo social, el individuo se halla “más solo y más libre” para actuar en la forma que lo desea y nada le impide realizar aquellas cosas que, en otras circunstancias, les serían censuradas por los otros miembros del grupo. No es extraño que, en este contexto, aumente la probabilidad de adoptar actitudes que ponen en riesgo la vida humana, tanto la propia como la de los otros.

En este artículo intentaremos probar la pertinencia de la explicación durkheimiana para dar cuenta de lo ocurrido con las MV en la Unión Soviética. Nos proponemos dos objetivos específicos. Primero, mostrar que las variaciones en esas tasas dependen de condicionamientos sociales. Segundo, indagar si el proceso de desintegración de la Unión Soviética generó un aumento significativo en la tasa de MV.

Somos conscientes que la explicación propuesta pone en relación distintos niveles de análisis, al hacer depender ciertas prácticas individuales (conductas que ponen en riesgo la vida humana) de los cambios que se produjeron en la sociedad en su conjunto (un cambio en la organización política o una reconversión de la actividad productiva). En la próxima sección describiremos algunas de las transformaciones estructurales, tratando de destacar el modo en que incidieron sobre las rutinas y las prácticas cotidianas de los sujetos. En tal sentido, los cambios ocurridos en el mundo del trabajo resultan fundamentales para pensar la vinculación entre ambas dimensiones.

Los cambios en la Unión Soviética

En febrero de 1986, durante su informe al XXVII Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética, el recientemente electo Secretario General, Mijaíl Gorbachov, anunció importantes cambios en la política a seguir. No se trataba de un simple cambio coyuntural, propio de la aparición de un nuevo liderazgo, sino que se ponía en cuestión el predominio de los “métodos administrativos” en la gestión de una economía compleja, lo que implicaba reformar o reestructurar desde sus bases el conjunto del sistema socialista. Se iniciaba así una etapa que se conocería mundialmente como la *Perestroika* de Gorbachov. Esta apertura tenía cuatro dimensiones importantes: a) desarme y fin de la guerra fría, abandonando la tradicional posición del imperialismo soviético; b) aumento de las libertades en los medios de comunicación y en las expresiones culturales; c) ligado a lo anterior, la democratización controlada y descentralización del poder político; y d) introducción de reformas económicas.

El proceso de reforma política fue acompañado por un conjunto de medidas que apuntaban a reestructurar drásticamente la economía de la región. Los objetivos de quienes impulsaban estas reformas eran claros, mejorar la eficiencia y la competitividad de las actividades productivas. Para lo cual se debía desmontar las fuertes regulaciones estatales que pesaban sobre esas actividades, permitiendo una cierta liberalización de

las relaciones económicas. Se trataba de abandonar una forma de funcionamiento excesivamente planificada y centralizada, en la cual un órgano burocrático tomaba decisiones sin tener pleno conocimiento ni responsabilidad sobre las consecuencias de sus actos.

No es una tarea sencilla evaluar el alcance y los efectos de las reformas económicas. De hecho, su implementación resultó ser mucho más compleja de lo que el optimismo inicial de los máximos dirigentes hacía prever.⁵ La voluntad de transformación “desde arriba” debió enfrentar la resistencia de un estrato intermedio de burócratas que se oponían a un conjunto de medidas que significaban una reducción importante de su cuota de poder.⁶ Esas medidas se aplicaron de manera muy irregular, en una lógica de marchas y contramarchas que estuvo muy asociada al inestable equilibrio de fuerzas en el campo político y cuyo análisis excede las posibilidades de espacio en este artículo. Simplemente nos limitaremos a señalar que ese intento de transformación estructural fue realizado sin tomar en cuenta las condiciones y las reglas de funcionamiento que se hallaban incorporadas en el viejo sistema (McIntyre, 1996). Alentados en muchos casos por “expertos” occidentales, se buscó implementar acríticamente un conjunto de reformas de mercado que perseguían objetivos ideales pero que no tenían en cuenta el contexto real en el que se iban a aplicar.⁷ Esta inadecuación de las políticas económicas, sumada al boicot y las distorsiones que introducía permanentemente una capa intermedia de burócratas, terminó provocando el deterioro y la paralización de un ya por entonces ineficiente aparato productivo.

La mayor parte de la economía soviética estaba organizada a partir de la asociación de un conjunto de plantas que intercambiaban insumos, productos, equipamiento, apoyo financiero o servicios en general. El grado de integración de estas unidades era tal que cualquiera de ellas dependía absolutamente de las otras para poder funcionar. Este tipo de organización requería de un alto nivel de planificación y centralización, pues los objetivos de producción, las pautas de intercambio y las cuotas de materiales que correspondían a cada empresa eran decididos centralmente por un numeroso grupo de técnicos y especialistas. Esta excesiva burocratización tornaba ineficiente el sistema de producción a la vez que constituía un serio obstáculo para el mejoramiento de la productividad de las empresas. Las reformas económicas apuntaban a reducir el número de técnicos planificadores y darle mayor autonomía a cada planta para que pudiera comprar insumos y vender sus productos con mayor independencia. Esta liberalización era percibida como el paso previo a la privatización. Los resultados no fueron los esperados (McIntyre, 1996). Algunas pocas empresas que ocupaban posiciones estratégicas consiguieron reestructurarse exitosamente, mejorando sus niveles de

5. Un análisis de estas dificultades se puede encontrar en Aganbegyan (1989).

6. En Castells (1997) hay una interesante descripción de los distintos grupos o estratos que componían el sistema de poder en la sociedad estatista soviética.

7. En muchos casos se introdujeron reformas de mercado sin que existiesen las instituciones capaces de controlar y regular ese sistema. Thomas Weisskopf sostiene que “para consternación de quién quiere un cambio racional, ordenado y equitativo, los países del Este parecen estar más cerca de un proceso hayequiano de cambio caótico y espontáneo motivado mayormente por el autointerés individual. Las actividades están menos constreñidas por una ingeniería social consciente que por las presiones de una crecientemente poderosa economía capitalista global” (Weisskopf, 1995).

producción y consolidando un funcionamiento autónomo. Pero la mayoría quedó atrapada en un proceso de desorganización en el cual la ausencia de una planificación básica, la falta de insumos, el desinterés de los trabajadores y la escasez de recursos financieros no permitía alcanzar los niveles mínimos de producción (Burawoy y Krotov, 1992). Un factor decisivo para entender el deterioro en el funcionamiento de las empresas fue el papel jugado por los directores de las mismas (Baglione y Clark, 1997). En muchos casos, éstos no supieron estar a la altura de las nuevas circunstancias. Acostumbrados a limitarse a ejecutar las directivas que llegaban de órganos superiores, no disponían de la preparación ni de los conocimientos básicos para organizar una planta autónoma. Otros, por el contrario, supieron interpretar hábilmente las oportunidades que surgían a partir de las reformas económicas. Pero sus actividades no apuntaron a un mejoramiento de las unidades de producción sino a la obtención de beneficios particulares, muchas veces en perjuicio de las mismas empresas que dirigían. Una estrategia frecuente fue la implementación de medidas que otorgaban réditos a corto plazo pero que colocaban a las empresas en una política que a mediano plazo resultaba inviable. Para cuando las dificultades se presentaban, los directores ya se habían pasado a otra organización o se habían convertido en socios capitalistas de un nuevo y próspero negocio.

El intento de modificar una estructura económica altamente ineficiente terminó provocando una desorganización todavía mayor, en la cual hasta el desarrollo de las actividades cotidianas se convertía en una tarea caótica e imprevisible. Las reformas económicas consolidaron ciertas estructuras monopólicas, generaron un aumento de la corrupción y agravaron los habituales problemas de desabastecimiento que sufrían estas sociedades. La lucha por obtener artículos de consumo de primera necesidad o las dificultades para realizar cualquier trámite básico, tan bien descritas en el libro *Witness to Disintegration*, revelan hasta qué punto la crisis política y económica afectaba la vida cotidiana de los individuos. El autor de este libro, quien vivió varios meses en diferentes ciudades de la Unión Soviética, escribe con elocuencia “estaba comenzando a comprender porque la amargura y la frustración acompañaban a los soviéticos en cada salida de compras. No era simplemente la lucha por encontrar o por tener el dinero suficiente como para comprar comida, aunque eso por supuesto era bastante incierto, sino la sensación cabal de que el orden público estaba colapsando como resultado de la crisis económica y política que padecía la mayoría de los ciudadanos soviéticos.”

“Psicológicamente, era muy difícil para ellos no sólo luchar por obtener lo necesario para todos los días, sino descubrir que la situación en su país estaba deteriorándose rápidamente y lo había estado haciendo así por años. Sus ansiedades se multiplicaban cuando ellos se preguntaban cuánto peor podía volverse y cuándo y dónde ello podría terminar. ¿Represión? ¿Hambruna? ¿Guerra civil? Ellos no sabían. ‘Esa es nuestra vida’ suspiraba un amigo recordando un típico refrán. ‘Quién sabe lo que pasará mañana. Todo es posible con nosotros’.” (Hixson, 1993).

Uno de los elementos centrales para entender la angustia y la incertidumbre de los ciudadanos soviéticos es, sin duda, la creciente inseguridad laboral. Pues como consecuencia de las reformas económicas se había alterado la tradicional relación que

los sujetos tenían con el puesto de trabajo. Antes de la llegada de Gorbachov, la fuerza de trabajo de la Unión Soviética –con excepción de la región de Asia Central y del Cáucaso– se hallaba empleada casi en su totalidad. Los salarios podían ser bajos y, en algunos casos, insuficientes; pero los sujetos sabían que contaban con ese puesto de trabajo y que, de no mediar un hecho excepcional, difícilmente serían despedidos. Las reformas económicas, por el contrario, crearon una situación completamente nueva. Ya los primeros programas incluían ambiciosos planes para reestructurar la fuerza de trabajo, reduciendo la dependencia del trabajo manual, mejorando la eficiencia y tratando de bajar el peso de los costos en la producción. Economistas y reformadores predecían invariablemente que un número importante de trabajadores quedaría desempleado como consecuencia de las genuinas reformas de mercado, las cuales forzarían drásticas reducciones de personal e inclusive el cierre de buena parte del ineficiente, sobredimensionado y tecnológicamente atrasado sector industrial.

Preciso es decir que esas reformas no se aplicaron simultáneamente y de la misma manera en las diferentes regiones. En Rusia, esos planes tuvieron muchas dificultades para implementarse y hasta 1989-90 el impacto real sobre el empleo fue bastante limitado. Pero a partir de 1991 la situación comenzó a cambiar. Empezó a crecer el número de despidos a la vez que declinaba la demanda de trabajo en varias ramas de la industria. En 1992, el número de personas que buscaban trabajo superaba al número de vacantes, dando lugar por primera vez a la emergencia del *desempleo estructural* (Cook, 1995). Así, no sólo aumentaba la amenaza de perder el empleo actual sino que se hacía cada vez más difícil conseguir un nuevo trabajo. Igualmente significativa fue la aparición de un nuevo tipo de *desempleo oculto*. Los directores de empresa, sin materiales para producir y sin dinero para pagar salarios, comenzaron a utilizar trabajo de tiempo parcial (*part-time*) o a aplicar cesantías con salarios reducidos o sin pago en absoluto. En algunos casos esas licencias compulsivas eran por un período corto de tiempo como consecuencia de los problemas propios de la reconversión; pero en otros casos, se debían a serios problemas estructurales o financieros que ponían en duda la subsistencia misma de la empresa.

La inseguridad laboral se convirtió en un tema de profunda preocupación. Aun cuando la población de cesanteados y los niveles de desocupación no alcanzaron cifras alarmantes, el surgimiento de estos fenómenos, hasta entonces prácticamente desconocidos, implicó una sustancial transformación en la conciencia y las percepciones de los trabajadores. Cualquiera fuera el lugar en que se desempeñaran, los trabajadores se vieron obligados a preguntarse por la vulnerabilidad técnica y financiera de las empresas que los contrataban, las cuales en muchos casos dependían de subsidios estatales que se veían amenazados, de líneas de abastecimiento que estaban interrumpidas o de equipamientos completamente obsoletos y escasamente competitivos. La perspectiva del desempleo se constituyó en una amenaza para buena parte de la población.⁸

Para tener una idea cabal de la preocupación que suscitaba la amenaza del desempleo en las sociedades socialistas es preciso incorporar un elemento que tiende a pasar

8. Una investigación por encuestas indicaba que la mayoría de los trabajadores en empresas estatales creía que ellos enfrentaban una posibilidad real de despido (citado en Cook, 1995).

desapercibido cuando se piensa el problema a la luz de las sociedades capitalistas occidentales. En la organización de la vida soviética, las empresas representaban mucho más que un lugar de empleo (Siegelbaum y Suny, 1994; Silverman *et al*, 1993). Buena parte de, si no todos, los servicios sociales y de bienestar eran distribuidos a través del lugar de trabajo. La empresa funcionaba como una suerte de “mini-Estado”, en el cual el contrato social entre la administración y la fuerza de trabajo alcanzaba casi todos los aspectos de la existencia de los trabajadores (Connor, 1995; Nelson y Kuzes, 1995). En ausencia de mecanismos de mercado desarrollados, como los que se dan en sociedades capitalistas avanzadas, la empresa se convertía en el lugar de provisión de una cantidad importante de bienes y servicios básicos. El trabajo era mucho más que una forma de ganarse el salario, de él dependían aspectos tan diversos como el acceso a la salud, la disponibilidad de guarderías, el lugar de vacaciones, vales para la obtención de bienes durables, la educación de los hijos o la posibilidad de viajar a otras regiones. Esto explica, en parte, porque la movilidad de un empleo a otro era mucho más baja que la de los países desarrollados de Occidente. Los trabajadores soviéticos dependían de sus empresas para acceder a bienes, servicios y prerrogativas. Muchos, por ejemplo, habían estado “en la fila” por más de una década esperando que se les otorgase un alojamiento acorde con sus necesidades. Para ellos, abandonar la empresa significaba, aun cuando consiguiesen un nuevo empleo, tener que volver al final de la lista de espera, perdiendo toda expectativa de alcanzar sus reclamos.

En síntesis, podemos señalar que la situación de un trabajador típico había empeorado significativamente con la implementación de las reformas (Clarke, 1995; Cook, 1993; Filtzer, 1995). Si bien en el período previo los bienes de consumo deseables eran escasos, y los directores de empresa y los sindicalistas podían actuar autoritariamente sobre los trabajadores, éstos generalmente se sentían seguros en sus trabajos, recibían su paga en fecha, no tenían que preocuparse por la inflación y podían sacar ventajas de los beneficios sociales que proveía la empresa. Aun con sus carencias, la vida cotidiana era mucho más controlada y previsible. Luego de las reformas, los trabajadores disponen todavía de menos recursos para enfrentarse a sus superiores, carecen de estabilidad laboral, no saben si van a recibir sus salarios oportunamente y, además, deben preocuparse de que el proceso inflacionario no acabe con sus magros ahorros (Mandel, 1995). La vida ha perdido muchas de las certezas y seguridades que servían para orientarse en el pasado. Ahora es preciso enfrentar una situación nueva, mucho más caótica e imprevisible que la anterior, y en la cual la experiencia y los viejos saberes parecen servir de poco. En otras palabras, se produjo una desorganización de las rutinas y las prácticas cotidianas, de las expectativas y las creencias que los sujetos ponen en juego en la interacción social; es decir, una desorganización profunda del conjunto de las relaciones sociales.⁹

Lo expuesto apunta a destacar que la crisis política o económica conllevó una profunda desorganización del mundo del trabajo y, con ello, un desplazamiento de la vida

9. En ese sentido, creemos que si Durkheim hubiese querido diseñar una situación experimental que le permitiera poner a prueba su explicación sobre la anomia no podría haber ideado un experimento mejor.

cotidiana de los sujetos. El aumento en los trastornos personales de la población soviética (angustia, ansiedad, estrés) sería la contracara individual de ese proceso de bruscas transformaciones societales.¹⁰

Una mirada sobre las desigualdades regionales

El objetivo principal de este artículo es analizar si esa profunda transformación de los vínculos sociales provocó un aumento significativo en las tasas de MV. Pero antes de interrogarnos sobre la evolución específica de estas tasas es necesario tomar en consideración algunas diferencias regionales, sin las cuales resultaría difícil poder interpretar las variaciones.

En la sección anterior, presentamos el proceso de desintegración de la Unión Soviética como algo unívoco y uniforme. Pero esta descripción, basada fundamentalmente en información proveniente de los países con mayor presencia internacional, encubre diferencias importantes entre las distintas regiones. El hecho de que la Unión Soviética haya podido existir durante varias décadas como una compacta unión de repúblicas no debe llevarnos a creer que ese conjunto de países constituía un todo homogéneo.¹¹ Por el contrario, las diferencias étnicas, religiosas, de desarrollo económico y de tradiciones culturales fueron muy marcadas y subsistieron durante todo el período. Aún en los momentos de máximo apogeo de la Unión Soviética, la fuerza del poder centralizado se aplicó con desigual rigor en las distintas regiones. En algunos países, la imposición de la ideología comunista y de las medidas asociadas a ella implicaron una transformación radical y violenta de las estructuras sociales. En otros países, aun cuando se produjeron cambios, éstos afectaron muy débilmente las estructuras y tradiciones preexistentes. Así, por ejemplo, la fuerza con la que se estableció la colectivización económica o la represión religiosa ejercida por el poder soviético fueron mucho menor en las repúblicas de Asia Central que en otros países de la Unión. Si las diferencias regionales no siempre resultaron evidentes fue porque con frecuencia tendieron a quedar ocultas bajo la imposición de una densa ideología comunista.

Una rápida mirada a la parte izquierda de la tabla 1 permite constatar que los países miembros de la ex Unión Soviética presentan niveles de desarrollo económico y social muy desiguales. Cuando analizamos indicadores tales como el Producto Bruto Nacional *per capita*, el porcentaje de población urbana, la tasa de crecimiento demográfico, la

10. Aun cuando el tema exceda los límites de este trabajo, es interesante señalar que en los últimos años se ha producido un aumento en la tasa de mortalidad por problemas cardiovasculares, particularmente entre los varones de mediana edad. La probabilidad de morir por esa causa es bastante más alta en los países de la Unión Soviética que en los de Europa Occidental (World Health Statistics Annuary, 1995). Los especialistas coinciden en que a las causas tradicionales (tabaquismo, alcoholismo, dietas inapropiadas, poco ejercicio físico) se le suma ahora el estrés provocado por los cambios. Para un análisis del efecto de la transición sobre las tasas de mortalidad en general se puede consultar el Informe del Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (1999).

11. Una descripción de las diferencias nacionales puede hallarse en Martín de la Guardia (1999) y Carrère D'Encausse (1991).

tasa de divorcio o la extensión de las comunicaciones telefónicas, podemos comprobar que existen marcadas diferencias entre unos y otros. Si indicadores tan diversos coinciden en un mismo ordenamiento de los países, ello se debe a que esas mediciones empíricas expresan y se relacionan con las distintas tradiciones políticas, culturales o religiosas que predominan en cada región.

Tabla 1: Diferentes indicadores de desarrollo y tasas de muertes violentas en los países miembros de la Unión Soviética

Países miembros de la Unión Soviética	Indicadores de Desarrollo Económico y Social					Muertes Violentas (c/100.000 hab.)**	
	PBN / p.cap.* (enU\$S)	% de Pobl. Urbana	Tasa de Crecim. Demogr	Tasa de Divorc. (c/1000)	Líneas Teléf. (c/100)	Tasa MV de Varones	Tasa MV de Mujeres
RUSIA	3220	76.0	-0.1	4.6	27.8	415,0	102,0
LETONIA	3410	72.8	-0.9	3.3	25.8	389,5	99,0
ESTONIA	3830	73.1	-0.6	3.8	25.2	378,7	106,0
LITUANIA	2710	72.1	-0.1	3.0	24.1	311,9	73,0
BIELORRUSIA	3110	71.2	-0.1	4.3	18.6	219,7	52,3
UCRANIA	2340	70.3	-0.1	4.0	15.7	217,6	52,7
KAZAJISTAN	2470	59.7	0.5	2.5	11.7	200,3	53,7
MOLDAVIA	2170	51.7	0.3	3.1	12.6	177,0	53,7
AZERBAIJAN	1670	55.8	1.2	0.8	8.5	175,0	24,9
ARMENIA	2150	31.3	1.4	0.9	15.6	114,0	45,7
GEORGIA	1640	58.5	0.1	0.6	9.6	90,5	27,6
KIRGUISTAN	1550	38.9	1.7	1.2	7.3	149,0	24,8
TURKMENISTAN	1700	44.9	2.3	1.1	7.6	83,2	36,4
UZBEKISTAN	1350	41.3	2.2	1.1	6.9	72,2	27,3
TADJIKISTAN	1050	32.2	2.9	0.8	4.5	59,8	25,4

(*) Los datos de PBN corresponden al año 1991.

(**) Las tasas de MV corresponden al año 1994, a excepción de Bielorrusia y Uzbekistán (1993), Ucrania y Armenia (1992), Tadjikistán (1991) y Georgia (1990).

Fuentes: *World Development Indicators 1998 / Statistical Yearbook, United Nations 1997.*
World Health Statistics 1995 y 1996.

Los datos permiten identificar tres grupos de países con características socioeconómicas muy distintas. El primero estaría formado por los países más desarrollados de la región: Rusia, Letonia, Estonia, Lituania, Bielorrusia y Ucrania. Todos ellos poseen un PBN elevado (superior a los 2.300 dólares *per capita*), un alto porcentaje de población urbana (más del 70 %), un crecimiento demográfico negativo, una alta tasa de divorcios y una proporción relativamente alta de líneas de teléfonos por habitante. En el extremo opuesto se encuentran los países de Asia Central: Tadjikistán, Uzbekistán, Turkmenistán y Kirguistán. En contraposición con el grupo anterior, estos países poseen un PBN *per capita* inferior, más de la mitad de la población en situación rural, un alto índice de crecimiento demográfico, una muy baja tasa de divorcios y una escasa proporción de líneas de teléfonos por habitante. Un tercer grupo, aunque con características no tan homogéneas como los anteriores, está formado por aquellos países que ocupan una posición intermedia según los indicadores analizados, Moldavia, Azerbaijón, Armenia, Georgia y Kazajistán.¹²

Lo expuesto permite inferir que estas sociedades poseen tipos de solidaridades y entramados sociales también muy distintos. Ahora bien, esas diferencias se ven reflejadas en las tasas de MV. En la parte derecha de la tabla 1 se puede apreciar las diferencias importantes que separan a unos países y otros. Mientras que la tasa de MV de varones en Rusia y los países bálticos oscila entre **300** y **400** muertes anuales por cada 100.000 hab., en países como Turkmenistán, Uzbekistán o Tadjikistán esa tasa es inferior a las **100** muertes anuales. La comparación entre las tasas de MV de las mujeres permite arribar a una conclusión similar.¹³ Las tasas de Rusia y de los países bálticos triplican y cuadruplican a las de los países de Asia Central.¹⁴

Analizados en conjunto, los datos de la tabla 1 permiten afirmar que las diferencias en las tasas de MV están relacionadas con las características socioeconómicas de cada región. A modo de síntesis, en el gráfico 1 se muestra la existencia de una fuerte asociación entre el Producto Bruto Nacional *per capita* y la tasa de MV de varones.¹⁵ Los países más desarrollados son los que presentan las más altas tasas de MV.

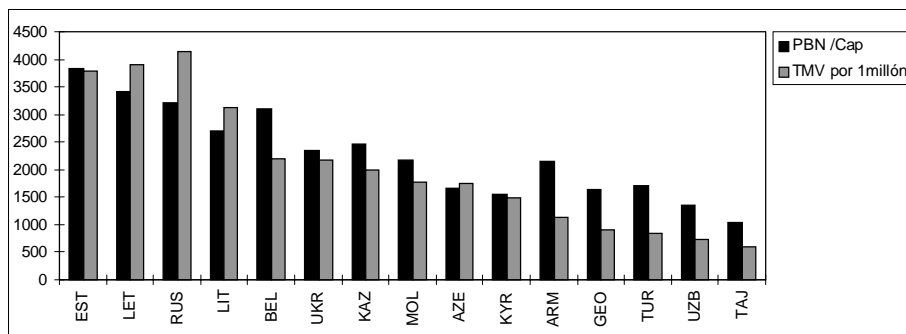
12. Este último constituye un caso bastante particular, pues por cercanía geográfica, cultural y religiosa debiera presentar rasgos similares a los de los otros países de Asia Central; sin embargo, como resultado de haber desempeñado un rol más activo y más integrado dentro de la Unión Soviética consiguió un nivel de desarrollo superior al resto de la región. En ese sentido, cabe mencionar que Kazajistán posee casi un 40 % de población de origen ruso, mientras que en los otros países de Asia Central esa proporción no llega al 20 %. Esta salvedad resulta pertinente pues, a excepción de Kazajistán, el resto de los grupos se corresponden prácticamente con regiones geográficas claramente delimitadas.

13. En este artículo seguimos la tradición establecida por la Organización Mundial de la Salud, que presenta separadamente las tasas de varones y de mujeres. Esta distinción resulta fundamental pues unos y otras alcanzan valores muy dispares.

14. Para quienes estén interesados en el peso de cada tipo de MV en particular, en el Anexo I presentamos en forma desagregada las tasas específicas de suicidios, homicidios y accidentes.

15. Elegimos el PBN porque es el que mejor discrimina, pero podríamos haber tomado cualquier otro indicador de desarrollo pues todos ellos están fuertemente asociados.

Gráfico 1: Comparación entre el Producto Bruto Nacional y la Tasa de Muertes Violentas de varones en los países de la Unión Soviética



Evolución de las tasas de muertes violentas según nivel de desarrollo

Una vez constatadas las diferencias regionales, podemos volver a la pregunta inicial sobre los efectos de las transformaciones y formular la hipótesis de que **el proceso de desintegración de la Unión Soviética afectó con desigual intensidad a las distintas regiones**. Si aceptamos el supuesto de que un mayor desarrollo económico y urbano va aparejado con un mayor desarrollo del orden político, y que el mundo de la vida cotidiana está más condicionado por lo que sucede en el mundo de la política, podemos suponer que la desorganización societal afectó con más intensidad aquellas regiones donde había una mayor interpenetración entre las diferentes esferas.

Si, como acabamos de postular, el proceso de transformaciones en la Unión Soviética repercutió de manera muy distinta en cada uno de los países, afectando más intensamente a los más desarrollados, cabría esperar que haya sido también en esos países donde se produjeron los aumentos más importantes en las tasas de MV. Si existe relación entre la desorganización societal y el aumento de las MV, el incremento de las muertes por accidentes, suicidios y homicidios debiera ser tanto mayor cuanto mayor es el grado de desorganización societal que sufre una región.

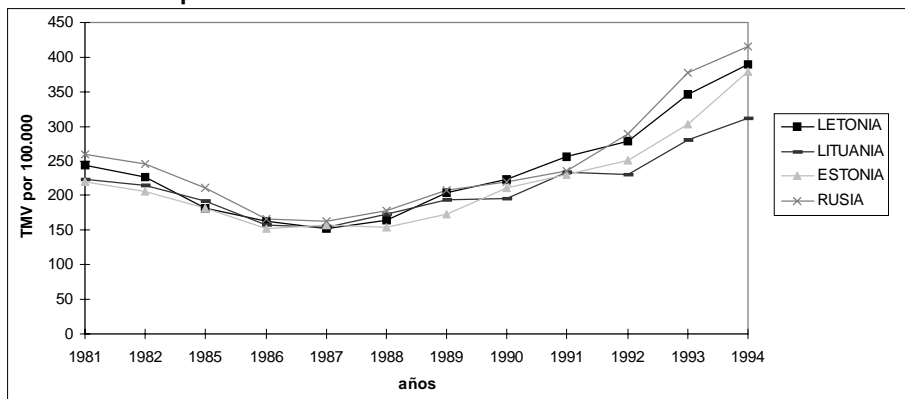
El análisis de la evolución de las tasas de MV en la última década permitirá poner a prueba esta hipótesis.¹⁶ En los tres gráficos siguientes, los países fueron agrupados según la magnitud y la evolución de las tasas de MV de los varones. Cada gráfico presenta un perfil característico que podemos denominar: a) de fuerte crecimiento; b) de crecimiento moderado; o c) de crecimiento nulo o negativo.

Los países que experimentaron el **mayor crecimiento** en las tasas de MV de varones son Rusia y los países bálticos: Letonia, Estonia y Lituania. Todos ellos conocieron en

16. Excluimos del análisis a Armenia, Azerbaijan y Georgia. Los dos primeros porque en el curso de los últimos años experimentaron conflictos armados de gran magnitud que distorsionan notoriamente la curva "natural" de las MV. En el caso de Georgia, no disponemos de los datos necesarios para poder reconstruir la serie completa. Otra limitación de los gráficos es que no contamos con los datos de MV para los años 1983 y 1984. Ello no afecta el análisis pues el centro de atención estará puesto en los años posteriores. De todos modos, incluimos los años 1981 y 1982 al comienzo de la serie porque sirven como punto de referencia para analizar la evolución posterior.

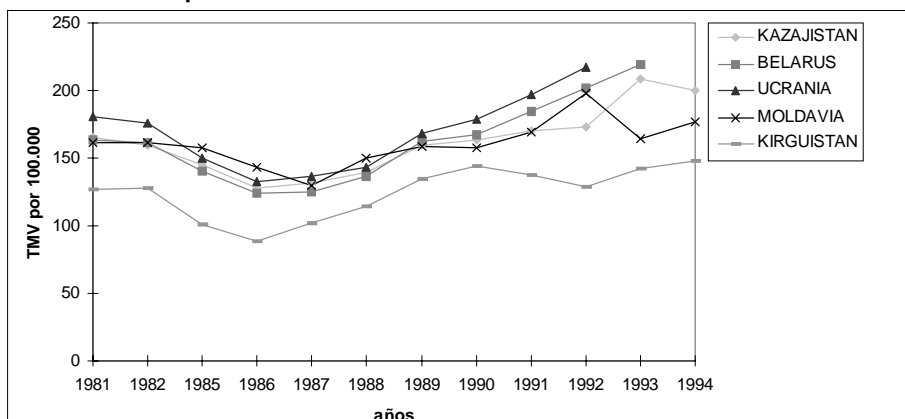
un lapso menor a 10 años un crecimiento en la tasa de MV que oscila entre 100 y 150 %. Como se puede apreciar en el gráfico 2, en la segunda mitad de la década del '80 comenzó un gradual y sostenido aumento en las tasas de MV que continuó durante la década del '90. A partir de 1992 el crecimiento se hizo más abrupto y pronunciado.¹⁷ Por otra parte, es interesante destacar la similitud de las curvas en estos cuatro países.

Gráfico 2: Evolución de las Tasas de Muertes Violentas de varones en países con fuerte crecimiento



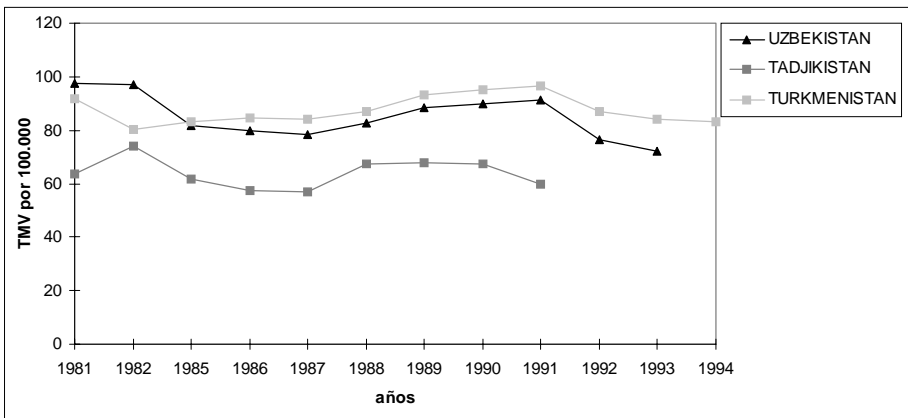
Bielorrusia, Ucrania, Kazajistán, Moldavia y Kirguistán registraron un **crecimiento moderado** en las tasas de MV de varones (gráfico 3). En ellos se produjo un aumento significativo, aun cuando no alcanzó la magnitud del grupo anterior. Entre los países de crecimiento moderado, Bielorrusia y Ucrania son los que presentan el mayor crecimiento porcentual, con valores de 76 % y 62 % respectivamente. Kirguistán presenta un perfil de crecimiento similar, aunque con valores siempre inferiores a los del resto del grupo.

Gráfico 3: Evolución de las Tasas de Muertes Violentas de varones en países de crecimiento moderado



Finalmente, están los países que presentaron un **crecimiento nulo o negativo** en las tasas de MV (gráfico 4). A esta altura, no debiera sorprendernos constatar que fueron los países menos desarrollados de Asia Central, Turkmenistán, Uzbekistán y Tadjikistán, los menos afectados por el proceso de transformaciones en la Unión Soviética. Pese a que las curvas no están completas, se puede apreciar que la evolución de las tasas de MV de varones son diferentes de las de los grupos anteriores. En estos países la proporción de MV alcanza en los últimos años los valores más bajos de todo el período. Si bien a fines de la década del '80 se produjo un leve crecimiento, en los primeros años de los '90 la tasa volvió a caer.

Gráfico 4: Evolución de las Tasas de Muertes Violentas de varones en países con crecimiento nulo o negativo



Apoyados en la idea de que el efecto desorganizador de las transformaciones sociales es tanto más fuerte cuanto mayor es el nivel de desarrollo económico y social de un grupo, el análisis anterior nos permitió mostrar que fue precisamente en los países más desarrollados donde se produjo el mayor incremento en las tasas de MV.

En la tabla 2 presentamos, a modo de resumen, el crecimiento porcentual de las tasas de MV de varones y de mujeres entre mediados de los 80 y mediados de los 90. En el curso de esa década se produjeron los cambios más importantes y comenzaron a aparecer algunas consecuencias. El análisis de las tasas específicas según género permite extraer dos conclusiones importantes. En primer lugar, el ordenamiento de los países que surge de considerar el crecimiento porcentual en las tasas de MV de los varones es semejante al que resulta de la consideración de las tasas de MV de las mujeres. Aquellos países

17. Dada la magnitud del crecimiento de las MV en estos cuatro países, cabría preguntarse si ello no se debe al aumento de algún tipo de muerte en particular. La respuesta es no. El crecimiento de la tasa total de MV es el resultado de un aumento considerable tanto en el número de suicidios, de homicidios como de accidentes fatales. Aunque en proporciones diferentes, todos ellos contribuyeron al crecimiento de las tasas expuesto en el gráfico 2.

que tuvieron un crecimiento importante en un género, también lo tuvieron en el otro. En segundo lugar, se puede aseverar que **los varones han sido mucho más afectados por el proceso de desorganización societal que las mujeres. Esto puede constatare en el hecho de que los primeros no sólo poseen tasas más altas de MV sino que, además, registran un crecimiento porcentual muy superior al de las mujeres.**¹⁸

Tabla 2: Crecimiento porcentual de las Tasas de Muertes Violentas de los países de la Unión Soviética entre 1986/7 y 1994 (agrupados según intensidad del crecimiento)

		Crecimiento % 1986/7 – 1994 *	
		Varones	Mujeres
fuerte crecimiento:	Rusia	153 %	107 %
	Letonia	148 %	78 %
	Estonia	143 %	100 %
	Lituania	100 %	55 %
crecimiento medio:	Bielorrusia	76 %	42 %
	Ucrania	62 %	22 %
	Kirguistán	56 %	22 %
	Kazajistán	54 %	27 %
	Moldavia	30%	- 7 %
crecimiento nulo o negativo:	Tadjikistán	5 %	- 7 %
	Turkmenistán	- 1 %	- 3 %
	Uzbekistán	- 9 %	-21 %

(*) Para calcular el crecimiento porcentual tomamos como punto de partida el promedio entre los años 1986 y 1987, que constituyen los años de comienzo de las transformaciones. El punto final está dado por el último año disponible para cada país.

Fuentes: *World Health Statistics*.

Las muertes violentas según grupos de edad

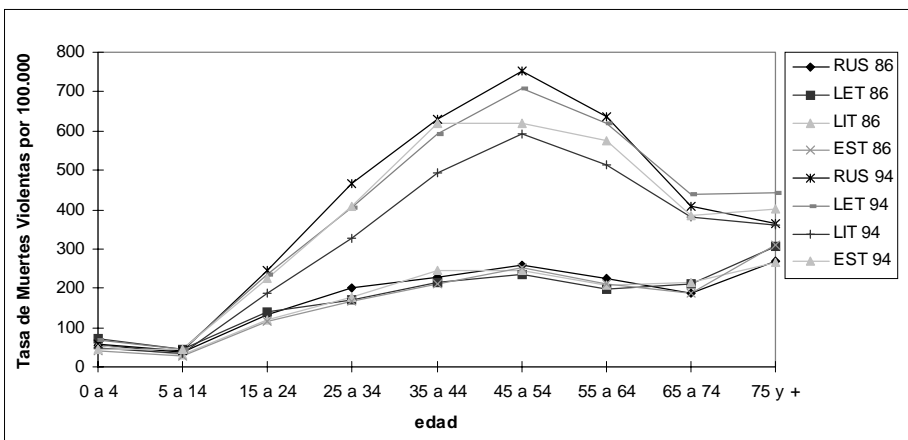
En esta parte final indagaremos cuáles fueron los tramos de edad más afectados por el aumento de las MV. Pues, si efectivamente existe una relación entre las transformaciones

18. Una clave para entender el modo diferente en que varones y mujeres enfrentaron la situación de crisis puede hallarse en Burawoy *et al*, (2000).

políticas y económicas, la desorganización de la esfera laboral y la proporción de MV, cabría esperar que sean los grupos de edades con mayor participación en la vida económica los que más sufran las MV.¹⁹

Al analizar la evolución de las tasas específicas de MV, lo primero que debe señalarse es que la variación ha sido positiva en todos los grupos de edad. Cualquiera sea el tramo etario que se considere, la tasa específica de MV en 1994 era superior a la de mediados de los 80. Sin embargo, la magnitud de las variaciones difiere sustantivamente de un grupo a otro. En el gráfico 5 presentamos una comparación de los perfiles etarios de las tasas de MV de varones al comienzo y al final del período estudiado. Las cuatro curvas superiores corresponden a las tasas de MV de Rusia, Letonia, Lituania y Estonia en 1994, mientras que las curvas inferiores expresan las tasas de esos países en 1986. El espacio que se forma entre la curva superior e inferior de cada país equivale al crecimiento registrado en las tasas de MV. Si bien en todos los casos las primeras son más altas que las segundas, las distancias difieren sustantivamente de un grupo de edad a otro. En algunos casos el crecimiento es muy pequeño, mientras que en otros llega a duplicar o hasta triplicar los valores correspondientes al comienzo del período. El gráfico permite apreciar que **fueron los grupos de edades centrales (35-44; 45-54; 55-64 años) los que padecieron el mayor incremento en las tasas de MV. Por el contrario, quienes están en alguno de los extremos del ciclo vital presentan un crecimiento menor.** En los menores de 14 años resulta imposible distinguir unas curvas de otras y en los mayores de 75 años las tasas se acercan, aunque sin llegar a confundirse. Unos y otros son los menos afectados. El resto de los grupos de edad (15-24; 25-34 y 65-74 años) se ubican en una posición intermedia con valores muy cercanos al crecimiento promedio de la población.

Gráfico 5: Comparación del perfil etario de las Tasas de Muertes Violentas de varones en 1986 y 1994



19. Para no sobrecargar de datos, acotaremos el análisis a la población de varones de Rusia, Letonia, Estonia y Lituania.

El gráfico 5 permite destacar otra particularidad importante de las tasas de MV en estos cuatro países. El perfil etario de las curvas de 1994 es absolutamente extraño y desconocido a nivel internacional. No hay ningún país de Occidente, en condiciones de paz, en donde las tasas de MV de las edades intermedias superen a las de las personas de edad avanzada. El perfil etario característico es que la curva ascienda regularmente a medida que aumenta la edad.²⁰ En ese sentido, las curvas de 1986 muestran un perfil etario más parecido al de otros países. Pero las tasas de 1994 son absolutamente excepcionales. Para dar una idea de la magnitud y la excepcionalidad de las cifras de MV en estos países, bastará una simple comparación de las tasas de la población de varones de 45 a 54 años –quizás los más afectados– con las de otros países.

Tabla 3: Tasas de muertes violentas de varones de 45 a 54 en diferentes países (cada 100.000 hab.) Año 1994

Rusia	751,7	Francia	98,4	EE.UU.	78,4	México	160,2
Letonia	709,7	Suiza	76,8	Japón	72,8	Cuba	123,1
Estonia	620,2	Suecia	74,1	Canadá	61,5	Costa Rica	107,8
Lituania	593,4	Alemania	68,6	Australia	57,4	Argentina	96,5
		España	62,4				
		Noruega	46,4				
		Holanda	36,3				

Fuentes: *World Health Statistics 1995 y 1996*.

La excepcionalidad que muestran las tasas específicas por edad en Rusia y los países bálticos, a mediados de los 90, revelan en que medida ellas son el resultado del proceso de desorganización societal que acompaña al desmembramiento de la Unión Soviética.

A modo de conclusión

Los datos correspondientes a los países de la Unión Soviética permitieron mostrar, en primer lugar, que la tasa de MV es estrechamente dependiente de las condiciones sociales. Cada grupo o sociedad posee una tasa de MV que le es propia y que puede ser explicada por la naturaleza y densidad del tejido social. En segundo lugar, se pudo constatar que cuando una sociedad es sometida a un proceso de intensas y profundas transformaciones, que debilitan las regulaciones morales y desorganizan la vida y las prácticas cotidianas de los individuos, se produce un aumento en la proporción de

20. Esto se debe, en parte, a la creciente incidencia que tienen los accidentes y los suicidios en las personas de mayor edad.

muerdes por accidentes, suicidios y homicidios. Un aumento que no afecta a todos por igual sino que incide sobre algunas regiones y grupos con mayor intensidad que sobre otros. El crecimiento de las MV fue mayor en los países más desarrollados de la Unión Soviética, fue mayor entre los varones que entre las mujeres, y en los grupos de edades centrales más que en los niños o los ancianos. En concordancia con la explicación propuesta, los grupos más directamente implicados y afectados por el proceso de desorganización societal fueron los que más padecieron el aumento en las tasas de MV.

Bibliografía

Aganbegyan, A. (1989) *Inside Perestroika: The Future of the Soviet Economy*. Nueva York: Harper and Row.

Almgren, G; Guest, A; Immerwahr, G. y Spittel, M. (1998) Joblessness, Family Disruption, and Violent Death in Chicago, 1970-1990, *Social Forces* Nº 76, 1465-1493.

Baglione, L. y Clark, C. (1997) A Tale of Two Metallurgical Enterprises. Marketization and the Social Contract in Russian Industry. *Communist and Post-communist Studies*, Vol.30 Nº2, 153-180.

Bonaldi, P. (1998) A 100 años de 'El Suicidio, confrontaciones en torno a Durkheim. *Rev. Sociedad*, 12/13, Nov. 98.

Bourbeau, R. y Courville, V. (1997) La mortalité violente selon l'âge, le sexe et la cause: un essai de classification des pays industrialisés, 1985-1989. *European Journal of Population*, 13, 71-94.

Burawoy, M. y Krotov, P. (1992) The Soviet Transition from Socialism to Capitalism: Worker Control and Economic Bargaining in the Wood Industry. *American Sociological Review*, 57, 16-38.

Burawoy, M., Krotov, P. y Lytkina, T. (2000) Involution and destitution in capitalist Russia, *Ethnography*, Vol.1 Nº1, 67-92.

Carrère D'Encausse, H. (1991) *El triunfo de las nacionalidades. El fin del imperio soviético*. Madrid: Ed. Rialp.

Castells, M. (1999) *La era de la información. Vol. III: Fin de milenio*. Madrid: Alianza.

Clarke, S. (ed.). (1995) *Conflict and Change in Russian Industrial Enterprise*. Edward Elgar, Brookfield, VT.

Connor, W. (1995) Labor in the new Russia: four years on. *Problems of Post-Communism*, Nº2 (3) 8-12.

Cook, L. (1993) *The Soviet Social Contract and Why it Failed*. Cambridge: Harvard University Press.

Cook, L. (1995) Workers in the Russian Federation. Responses to the Post-communist Transition, 1989-1993. *Communist and Post-communist Studies*, Vol.28 Nº1, 13-42.

- Douglas, J. (1967) *The Social Meanings of Suicide*. N.J.: Princeton University Press.
- Durkheim, E. ([1897],1990) *El suicidio*. Puebla: Premia Editora.
- Filtzer, D: (1995) *Soviet Workers and the Collapse of Perestroika*. Nueva York: Cambridge University Press.
- Greenberg, M; Carey, G. y Popper, F: (1987) Violent Death, Violent States and American Youth. *The Public Interest*, N° 87, 38-48.
- Hixson, W. (1993). *Witness to Disintegration. Provincial Life in the Last Year of the USSR*. Hannover. NH: University Press of New England.
- Holinger, P. (1987) *Violent deaths in the United States*. New York: Guilford Press.
- Lane, R. (1979) *Violent Death in the City. Suicide, Accident, and Murder in Nineteenth-Century Philadelphia*. Massachussets: Harvard University Press.
- Lester, D. (1994) *Emile Durkheim, Le Suicide. 100 years later*. Philadelphia: The Charles Press Publishers.
- Mandel, D. (1995) The Russian working class, privatization and labour- management relations in the fourth year of shock therapy. *Labour Focus on Eastern Europe*, N° 51, 23-55.
- Martín de la Guardia, R. (1999) *Crisis y desintegración: el final de la Unión Soviética*. Barcelona: Ariel.
- McIntyre, R. (1996) Regional Variations on Russian Chaos: Price Controls, Regional Trade Barriers, and Other Neo-classical Abominations. *Communist and Post-communist Studies*, Vol.29 N°1, 95-102.
- Meslé, F., Shkolnikov, V. y Vallin, J. (1994) Brusque montée des morts violentes en Russie. *Population*, Vol. 49, N° 3, 780-790.
- Nelson, L. y Kuzes, Y. (1995) *Radical Reform in Yeltsin's Russia: Political Economic, and Social Dimensions*. New York: M.E.Sharpe.
- OMS, 1995 / 1996. *World Health Statistics Annuary*.
- PNUD. (1999) *Transition 1999: Human Development Report for Central and Eastern Europe and the CIS*. New York: United Nations Development Program.
- Siegelbaum, L. y Suny, R.(eds.). (1994) *Making Workers Soviet: Power, Class and Identity*. Ithaca, New York: Cornell University Press.
- Silverman, B., Vogt, R. y Yanowitch, M. (eds.). (1993) *Double Shift: Transforming Work in Postsocialist and Postindustrial Societies*. New York: M.E.Sharpe.
- Taylor, S. (1982) *Durkheim and the Study of Suicide*. London. Macmillan.
- Weisskopf, T. (1995) Market Socialism in the East. *Dissent*, N°95.

Anexo I: Tasas de Muertes Violentas de los países de la Unión Soviética según tipo de muerte violenta* y Sexo

	VARONES					MUJERES					VAR
	MV	ACC	SUIC	HOM	LES	MV	ACC	SUI	HOM	LES	MUJ
RUSIA	415,0	229,4	74,1	52,6	58,9	102,0	60,2	13,3	14,4	14,1	4,07
LETONIA	389,5	246,2	71,4	36,1	35,8	99,0	63,0	14,1	11,4	10,5	3,93
ESTONIA	378,7	240,7	70,7	48,3	19,0	106,0	77,3	14,9	10,6	3,1	3,58
LITUANIA	311,9	199,0	81,9	20,8	10,2	73,0	50,6	13,4	6,7	2,3	4,27
BIELORUSIA	219,7	138,2	48,7	15,9	16,9	52,3	32,8	9,6	5,7	4,2	4,20
UCRANIA	217,6	140,2	38,2	18,0	21,2	52,7	32,8	9,2	5,7	5,0	4,13
KAZAJISTAN	200,3	85,4	39,7	28,9	46,3	53,7	25,8	9,0	7,1	11,8	3,73
MOLDAVIA	177,0	112,8	29,5	22,3	12,7	53,7	35,1	7,6	7,1	3,9	3,30
AZERBAIJAN	175,0	48,1	0,8	3,6	122,0	24,9	18,6	0,5	5,1	0,7	7,01
KIRGUISTAN	149,0	94,5	22,6	22,2	9,2	45,7	32,5	3,9	5,6	3,7	3,25
ARMENIA	114,0	57,2	3,6	47,0	5,8	27,6	20,2	1,0	4,9	1,5	4,12
GEORGIA	90,5	61,5	5,4	4,5	19,1	24,8	17,8	2,0	1,2	3,8	3,65
TURKMENISTÁN	83,2	62,4	8,1	7,2	5,5	36,4	30,2	3,4	1,5	1,3	2,29
UZBEKISTÁN	72,2	51,5	9,3	6,9	4,5	27,3	21,1	3,2	1,7	1,3	2,64
TADJIKISTAN	59,8	50,1	5,4	3,1	1,2	25,4	21,1	2,1	1,5	0,7	2,35

(*) Junto con las categorías de *accidentes*, *suicidios* y *homicidios* se incluye la de *muertes por lesiones en las que se ignora si fueron accidentales o intencionalmente inflingidas*.

Fuentes: *World Health Statistics 1995 y 1996*